



ENCUENTRO CON LA PALABRA

JUAN RADRIÁN
Dramaturgo

Los dos estados que yo era, mi sueño y mi vigilia, mi vida y mi muerte, perseguíanse sin lograr alcanzarse, porque la Palabra no existía.

Milosz

Cuando me encontré con la leyenda en la que se basa, libre, muy libremente **El encuentro**, los bárbaros y derrotados ancianos de dieciocho años que deambulan por Bellavista me tenían exiliado en el silencio; también las enervantes, irrefutables buscadoras de fantasmas, y todos esos ojos, esos rostros donde no es posible leer ningún pensamiento, salvo, quizás, este: *Y no tiene ningún sentido decir mañana.*

Estos seres de crecientes desolación no son hijos de la nada, aquí sucedió algo terrible. Y aunque ningún acto, ninguna oración propiciatoria, ningún castigo o arrepentimiento pueda devolverles lo perdido, humanos al fin, esperan una palabra.

Sabemos que es necesaria la instalación de la esperanza, sabemos que las cuerdas del sufrimiento no soportan más estirones. Pero ya está dicho: desde lo hondo de una vida hecha polvo, suben voces que esperan una respuesta. Y entonces qué hacer, y entonces qué decir. Y lo que es peor, por qué tener que decir algo, por qué no buscar un sencillo oficio de sobrevivencia y pasar de un día la otro con la irreprochable indiferencia de un buey. Esto de tener que andar juntando palabras que signifiquen algo para alguien, es, definitivamente, un extraño, un tristísimo oficio.

Hablando largamente de todo esto conmigo mismo, puesto que soy el único que a veces me soporto,

pasó un año, luego dos más, largos, muy largos, y estaba por pasar el cuarto, cuando me encontré con una leyenda que me miró con ojos solidarios y me ayudó a seguir juntando palabras.

Probablemente a fines de 1790, probablemente antes, después o nunca, pero alguna vez, dos hombres se batieron a muerte como no se ha batido nadie: cantando. El duelo tuvo lugar en Curicó, entonces llamado San José de Buena Vista, o quizás fue en Teno, San Vicente de Tagua Tagua o Talca, nadie lo recuerda muy bien; aunque lo más seguro, es que haya sido en un lugar todavía sin nombre.

Uno se llamaba Javier de la Rosa, el otro era conocido como El Mulato Taguada; don Javier era culto y acomodado, el Mulato, pobre y desnudo de lecturas; don Javier nació en España, el Mulato en Chile. Pero también tenían algo en común: cantaban. Ambos eran formidables payadores.

Como toda leyenda tiene la edad de la memoria y ésta suele ser frágil o irse por caminos que no siempre nos placen, no está claro el motivo del enfrentamiento; unos cuentan que fue por los grandes risueños ojos de Rosa Merejo, otros, menos románticos, aseguran que fue por una apuesta de doscientos pesos; también rondan voces que dicen que fue por un caballo, que fue por simple orgullo; y para dar más que decir, dicen también que el diablo se metió dentro del Mulato y lo obligó a desafiar a don Javier, porque este era todo blanco y rubio y bueno como un ángel. Pero todos están de acuerdo en que el duelo comenzó una noche de San Juan, en una chingana con tamboroso y huifa.



El encuencramiento, de Juan Radrigán. En la foto: Luis Vera, Silvia Marín, Daniel Muñoz, Carola Gimeno, Gonzalo Muñoz, Jorge Larrañaga, Rodolfo Pedraza y Paula Canales. (I Muestra Nacional de Dramaturgia).

Noche de San Juan... enfrentamiento... atemporalidad... magia... espacio donde los sentimientos están como desparramados en el suelo, pónelos y habla... virtudes, atrocidades... canciones... colores... vida, muerte... chingana... chingana... enfrentamiento... Claro, están condenados, tienen que aparecer todas las noches de San Juan a seguir conteniendo... eternamente... eternamente...

Así fue naciendo la obra, así fui sacando de esa mezcla de tiempos —pasado, presente y futuro— donde se escondía. Quise darle forma de ópera como un homenaje al Mulato y don Javier, pero la historia que se desarrolla no tiene nada que ver con la que cuenta la leyenda, es lo que desenfadadamente llamamos *Licencia poética*; pero eso es irrelevante, lo que cuenta es el

enfrentamiento, los protagonistas pueden tener muchos nombres, pero representan, con todas sus virtudes y atrocidades, al hombre. Lo que es lo mismo que decir, al bien y al mal.

La frase final del Mulato *El duelo no ha terminado* fue lo más cercano a una respuesta, a una esperanza, que pude encontrar.

P.D. He de confesar que al principio todo esto no le pareció muy bien al Mulato, tampoco a don Javier; pero cuando les expliqué que aún en los actos más negros, tanto de ellos como de los demás personajes, mantuve tenazmente a la vista que se trataba de seres humanos, no de cosas, y que por lo demás, destruir al hombre es casi tan difícil como crearlo, terminamos por hacernos amigos.